

EDICIONES B los invita a la presentación del
nuevo libro de la **Lic. Patricia Faur**

NO SOY NADA SIN TU AMOR

Presentan:

Leonor Benedetto y María Isabel Sánchez

Jueves 15 de noviembre - 19hs

El Ateneo Grand Splendid

Av. Santa Fe 1860 -2º piso

Entrada libre y gratuita sujeta a capacidad de la sala



NO SOY NADA SIN TU AMOR

Hay un tiempo para ser niños. Un tiempo donde no importa la realidad ni los imposibles. Es tiempo de jugar y de descubrir el mundo. Es tiempo de Reyes Magos y de bicicletas, del ratón Pérez dejando plata debajo de la almohada cuando se cae un diente. De pinturitas, de tortas de cumpleaños, de globos y piñatas, de leche chocolatada.

Es un tiempo en que los adultos se ocupan de los problemas, de las responsabilidades y de los horarios. A ellos les toca frustrarse, a ellos les toca ponerse serios cuando las cosas no salen bien. Ellos son los encargados de proteger, de cuidar, de alimentar, de educar y también de enseñar a separarse y a crecer.

Pero hay niños que no pudieron jugar. Estaban demasiado ocupados con problemas de grandes porque los grandes no estaban. O estaban, pero no estaban disponibles o estaban ausentes.

Padres infantiles, adictos, narcisistas, abandonicos, depresivos...la lista sería interminable. Padres imposibilitados para ejercer su función. Ambientes hostiles, violentos, abusivos. Padres que repitieron el mismo drama que habían vivido y que no pudieron hacer otra cosa.

Lo cierto es que esos niños, o alguno de ellos , se hizo cargo y tomó la posta. Ocupó el lugar vacante del adulto cuando aún no estaba preparado para tamaña tarea.

Guardó las pinturitas, no escribió más cartas a los Reyes magos y cumplió todos los años de golpe. Se dedicó a cuidar de sus hermanos, a tratar de entender cómo es eso de la cuota alimentaria y los abogados, a intervenir en las peleas de los mayores, a consolar a una mamá depresiva que no podía levantarse de la cama, a llegar rápido a casa porque papá podía hacer lío con sus borracheras, a ser buen alumno para que lo quieran.

Los niños adultos crecen con hambre de amor, de cuidado y de amparo. Los psicólogos decimos que fueron niños sobreadaptados. Sobrecargados de responsabilidad llegaron a la vida adulta haciendo lo que mejor sabían: tratar de ser perfectos para ser queridos. Se convirtieron en hombres destacados, en profesionales exitosos, en mujeres talentosas.

Pero en el fondo de su alma estaban vacíos . Como no los cuidaron no sabían cuidarse a sí mismos, no sabían de qué manera aprender a quererse y se fueron a buscar a alguien que los complete. No fue un buen negocio. La desesperación lleva a hacer malas elecciones.

Cuando lo encontraban era como sentir que volvían a nacer: el otro les daba identidad, les hacía sentir que eran valiosos. Pero también era una trampa: si el otro les daba existencia también corrían el riesgo de que se la quitara. Por eso, era imprescindible cuidar ese vínculo a cualquier precio para que no se termine.

A cualquier precio? Es que no hay límites para el amor? Qué pasa cuando se trata de una relación destructiva, sin amor, sin proyecto, sin reciprocidad?

Para esos adultos que nunca fueron niños los límites no existen. Aprendieron a ser fuertes y a llevar la carga. Parece no haber nada que no puedan tolerar. Soportan, ceden, aguantan, postergan, reprimen, niegan, se mienten, se callan, se engañan. Y si no funciona aprietan los puños para seguir aguantando un poquito más.

Saben como hacerlo. Lo hicieron desde pequeños. Aprendieron muy temprano a renunciar a sus deseos y a sus enojos con tal de ser queridos. Y no hacen esto porque son buenos, lo hacen porque están desesperados de amor. Y crecieron con la convicción de que si hacían todo lo que el otro quería iban a ser amados.

Ser codependiente , así se denomina a las personas de quienes hablo, es dejar de ser uno mismo para transformarse en aquel que suponemos que el otro quiere

que seamos. El codependiente crece con miedo, con vergüenza, con inseguridad, con ansiedad y con agobio.

Muchas personas se quedan rumiando toda la vida su pobre y triste historia. Justifican sus malos amores en su fallida infancia y en lo que sus padres les hicieron o no les dieron.

Y allí se quedan. Congelados. Eternizados en el relato de una historia que se ven condenados a repetir. Repiten en sus relaciones el desamor y se quedan en duelos eternos llorando por lo que les hicieron.

Algunos otros se animan a cambiar. Son los que en su infancia se refugiaron en sus sueños. Son los que cambiaron el relato de sus vidas para poder crecer. Son los esperanzados. Son los militantes del vaso medio lleno. Los que aprovecharon todas las posibilidades que les dio la vida para sacarles el jugo.

Y los que fueron a buscar lo que la vida no les dio. No se quedaron sentados esperando y llorando. Se fueron a mirar en otros espejos y buscaron otros adultos en quienes confiar y que les dieran confianza. Empezaron a construir eso que hoy llamamos resiliencia: la capacidad de transformarse frente a la adversidad y salir fortalecidos del trauma.

Porque siempre hay otros. El camino de la recuperación no es sencillo, pero el resiliente sabe que no es imposible. Y por primera vez en la vida empieza a entender que para tener un buen amor , primero hay que ser, hay que existir, hay que dejar de correr buscando afuera lo que hay que encontrar adentro. Hay que llenar el alma para tener algo bueno y auténtico para ofrecer. Porque decir que no, poner ciertas condiciones, respetar los propios valores y fijar los límites también es parte del amor.

Ahora sí, ahora que ya creció, ahora que acepta la realidad, ahora que sabe que los Reyes Magos no existen, ahora que se respeta y se quiere, ahora puede dejar el disfraz de superhéroe.

Ya no tiene que buscar parejas infantiles y problemáticas, ni intentar redimir adictos perdidos, ni cargar mochilas ajenas ni rogar por amor a quien no lo ama, ni esperar que se decida el indeciso o que se acerque el distante.

Ahora puede esperar tranquilo a que llegue el buen amor. Y mientras tanto puede permitirse remolonear un rato en la cama, faltar un día al trabajo sin sentirse culpable, reírse porque tiene ganas, cantar bajo la ducha , hacer un picnic bajo las estrellas y aunque sea por un ratito ser un niño irresponsable y abrir la puerta para ir a jugar.

PATRICIA FAUR